

## Introducción

Había una vez una niña a la que se le conocía por el sobrenombre de Grecas, la cual, todo cuanto tocaba lo congelaba, de no llevar puestos unos guantes, no cualquiera. Le gustaba mirarse las manos, y ni apenas podía. Jamás se sentía esposada a su temperamental magia, y eso que vivía en su habitación, casi siempre. Ni siquiera cuando no podía embarcar con su padre, Gennaro, y su hermana, apodada Lunares, que tenía.

No era la época idónea para sus excursiones en barco o a la montaña, si bien, ponía su cogote lo más cerca posible de la ventana en busca de la nieve de las montañas. La ciudad italiana de Rímini tenía eso, que cuando el viento zarandeaba los cristales de las ventanas cualquier cosa se podía albergar, aunque fuera pleno verano, todavía. Con los hombros tensos, su madre Idara, levantaba una mano y le tocaba la cabeza, con la otra no soltaba la costura. Junto al asiento, aún quedaban restos de una tostada en una bandeja donde acostumbraba a subirle la merienda. El estómago de su hija ya no estaba para más mordiscos, pareciera que también se le hubiera girado lo suficiente como para ver las cumbres, disuadiéndole los ojos del apetito, a expensas de las tretas que hiciera su padre, gran bailarín y poeta de garrafón según su esposa en ciertos días.

De repente un avión surcó los cielos, y con buena maniobra lo señaló.

-No hagas pizpiretas ¡anda!- le indicó la madre -Déjalos que se alejen.

-Sí- se reincorporó ella formalita, habiéndose quitado los zapatos de tacón (sacados del zapatero de la madre) con los que venía de reclinarsse junto a esos labios de carmín rojo oscuro, para de puntillas tocarse suavemente la

mandíbula en una tibia defensa, todavía mirando al firmamento –me gustaría volar mamá.

La música, el sitio, la comida y hasta ese bordado que cosía su mamá eran las de una tarde de domingo. Un día plácido, sin imprevistos, de los de comer despacio, y donde el sueño es el plato más dulce que en la vida se les puede poner a las personas.

Por la mañana habían ordenado algunas cajas del desván, junto a Orlena, la hermana, que quería hacer carrera militar en su metamorfosis. Fue todo un pequeñito acontecimiento ese desván, y algo temerario, por lo que hubo de intervenir el padre ayudándolas también, redentor.

Si hubieran estado solas en ese mundillo del trastero, el anillo de pedida de la madre quizás hubiera tornado a otro estado. Durante la limpieza hubo un momento en el que la cría se desprendió de un guante y cogió una pelotita, dándole otro cariz, y, cómo no, la madre se lo prohibió, como tantas otras cosas que les son divertidas a los niños.

Horas después, solo el padre se acordaba de lo sucedido, igualmente el gato, que descansaba lindamente. Hacía como nadie, eso de ser el eterno y ansiado mueble atemporal, válido para cualquier casa: donde se pusiera quedaba bien y a la par daban ganas de cambiarlo.

Hasta que no hubiera olor a barbacoa no le tocaba cambiar de lugar, era otro de los habitantes de ese hogar con un instintivo pensamiento único. Una vez Grecas lo tuvo en la palma de su mano, de chiquitito. Quiso demostrarse que el futuro existía. Quiso darse un poco de felicidad en un día tan triste, y nacer antes de los dolores. A la postre fueron días laberínticos, hasta se

llevaron al felino a una explotación lechera cercana para ver cómo reaccionaba junto a otros animales de su misma especie. Fueron increíbles sus reacciones, hasta que volvió en pocos días a formar parte de todas las pérgolas, la tumbona y ninguna cama, porque las quería todas, paseándose azaroso por todos los rinconcitos, eso sí, con su trajecito, aunque él sí sabía y podía remendárselo. Doscientas personas lo podrían estar tocando que seguiría teniendo frío el animalito.

De no ser por la magia del agua tibia casi de inmediato, aquel día ni lo cuenta. No obstante, se le consideraba como una influencia clave, entre otros, a ese feliz feroz al que apenas le salía un hilo de voz.

El caso es que seguía siendo gracioso y creativo en la medida en que podía serlo, no más. Además, tenía un catálogo de aullidos de lo más particular. Y predecía los regalos, le encantaba estar cuando los abrían las niñas, se le ponían los pelos del terciopelo más manso. Y todo se le hacía poco. Pero con los extraños o las plumas, se erizaba y le sobresalían escarpas, haciéndosele un antifaz en las cuencas de sus ojos, sincronizándolo todo, y se zambullía en todos los universos o el suyo propio: un cubículo de cartón hecho por las niñas a modo de casita/refugio. Ese escondite era como un armario sinfín, del que nadie más que él regresaba. Si se le intentaba tocar o escarbar sacaba las zarpas, y no amigablemente. Tenía su pertenencia el felino. Una vez Grecas intentó abrir del todo ese hogarcito: se quedó tan aturcido el gato que el padre lo tuvo una semana a base de cafés bien cargados para espabilarlo. El frío que procuraba la nena era como una glaciación. Guerneville se llamaba para los amigos, parientes y los médicos que trataban a la niña y sus mejores acompañantes: los jilgueros.

Finnegan era la tortuga. Para ese día, Orlena la había vestido con un traje verdoso sin mangas y un sombrerillo que a ratos entraba y en otras salía del caparazón. Muy dispuesta ella, y cortante.

Más de una vez la madre y su paciencia hubieron de echar mano de alguna aguja de las grandes para pescar y tirar del mismo (sombbrero de turno) hacia afuera para que no se le encarnase a la del armazón. Para ello precisaba de su ceremoniosidad, porque a la tortuga había que engañarla con algo de lechuga y jamón cocido en su punto, lo menos. Era una sibarita. Orlena, hasta le echaba una chaquetita para que se protegiera del fresco de la noche, cuando se acordaba claro.

Los animales, como tal, eran otro modo de desvincularse de esas manos vedadas, lunares varios y cuentas pendientes. El colectivo médico Petaca, que es quien atendía a las niñas, no visualizaba mejor cura que tales convivencias. Y, discretamente, experimentos.

Finnegan una vez se puso azulada, tanto como que se quedó petrificada, superflua y de espaldas. Indefinible. Donde por más inimaginables remedios que le procuraron las dos hermanas apenas reaccionó. Como con el gato, la vecina fue la que con aplomo la volvió en sí, para que luego las artistas le hicieran un vestido malvarrosa, aunque estuviera con los ojos entrecortados la tortuguita, meses y más meses. En el momento que reaccionó pareció un Lamborghini ese bicho, muy deportiva y todopoderosa. Cuando quisieron echarle mano dijeron que la habían visto saltándose un semáforo. Isabella, la tía, la llevó de regreso a casa, pesarosa pero cumplidora, en un ensordecedor silencio de los suyos.

Esa tía no hablaba con las niñas, las gritaba si acaso. Entre la luna de miel fallida y hacer de sustituta de la vecina estaba diezmada y plena de tareas por doquier. Incluso el día que se quedaba al cuidado de Grecas; siempre preparaba la mesa, acertada o equivocadamente para un comensal más. Cocinar, cocinaba bien, muy bien, y con la cabeza bien alta. Hacía los mejores bocatas de higo sobre la faz de la tierra.

Pese a ser menuda y hablar jerárquicamente, era una lima la señorita, quien, en su tiranía, hacía el esfuerzo de leerle cuentos a su sobrina Grecas, solo a Grecas; era entonces cuanto más se le apreciaba su cinturita de sílfide, titubeos con los que se delataba como mujer, y de las pocas veces que se hidrataba los labios y la piel cercanamente.

La sobrina preferida, con quien más y mejor congeniaba era con los pajarillos. Unas palabras suyas y ellos sí que eran cándidos. Fingían cantos si fuera preciso. Visto desde fuera podría parecer algo idílico, pero tenía más que biología tal licencia, había mucho trabajo y disciplina tras esa magia. Algún experto llegó incluso a plantear que esos tres jilgueros vendrían de llevar varias vidas tratando con adolescentes de los peores. Por superinteligentes eran únicos. También solteros, y uno gay, el mayor de los tres. Simpatiquísimo, encantador, y superviviente a todas las barrabasadas que la de los pelos revueltos les hacía. Gianfrancesco se llamaba, el cual se repartía los espacios con los otros dos: Giovanni y Giambattista. Este último, un aspirante a camarero, dado que la obsesión del mismo no era otra que tenerlo todo recogidito y bien servido, para dedicarse a la vida contemplativa, mirando sin mirar, sujeto a una barra. A su patilla derecha llevaba adherida una especie de bayeta multiusos; cosas de Orlena, que era la experta en *atrezzo* de la casa.

Giovanni, en cambio, jamás se sofocaba; podía enamorarse muchas veces de la misma pantalla o zona de aterrizaje o cosas por el estilo. El padre, Gennaro, una vez quiso llevárselo a su empresa de informática. Le era el último refugio diletante. La última vez un sábado, por aquello de los cuadrantes de los días y las atenciones a las niñas. Lo tuvo que engañar con un bollo de canela al horno, y ponerlo también un poco más natural, era el más maquillado de los pajarillos. Su hija casi le pone zapatos, compartiendo deseos con la otra, pero entre la caja donde llevarlo y sus plumas varias no cupieron sin que resultase estrambótico, si bien, lo benefició con una bufanda que le añadió atractivo a su de por sí espectacular porte. Y, siendo sinceros, hasta le rebajó el colorete de los pómulos, ese estafalario inventor dedicado a la reprogramación como mejor arte.

Vivían, las niñas, seguras de sí mismas, bajo la premisa de primero darse al trabajo y el resto del tiempo como asueto, sueños y diversión. La empresa tecnológica del padre calibraba los gastos de esa familia, mientras que la ansiedad, el estrés y la inseguridad de la madre lo congeniaba con el despacho de abogados que presidía, teniendo siempre la lupa encima al ser la socia mayoritaria y tener que dar ejemplo. De hecho, una de las cosas que les gustaba hacer a las crías era cambiar de sitio los cuadros, volviendo loco al gato, que perseguía fantasmas los días impares, por eso le seguían dando friegas y sorbos de café de cuando en cuando las mellizas. Finnegan, en cambio, era más intermedia con esas cosas, como que le parecía de mala educación protestar; se introducía en su casetilla y ya estaba. En las paredes hacía poca vida, eran cosa del camaleón ese de Guerneville, que saltaba de más el animalito, negro sobre blanco con calcetines a rayas, intentando no

dejar huellas. Diecinueve segundos podía permanecer en el aire, suspendido, y cuarenta y pico si se le ayudaba asustándolo. Las niñas lo tenían cronometrado, dicho sea de paso.

-Realmente no sé qué le pasa- dijo una vez un veterinario cuarentón.

Y ninguna abrió la boca, sí que contuvieron la respiración en su química secreta.

Con un *snack* de uvas congeladas hicieron las paces, y bizcocho.

Fue por cuando intentaron ser tan perfeccionistas que no se conformaron con aprobar los exámenes, sino que quisieron saber de la importancia de la cabeza junto al resto del cuerpo en su máxima expresión. Fue un trabajo de primera, muy medieval. De hecho, hubo hasta causa extrajudicial. La madre lo pasó fatal, el padre no tanto:

-Son cosas de niñas- adujo.

Zumo del mejor de los néctares regalaron, y ni eso. No hubo pretexto.

-No tienen ningún sentido de la responsabilidad- las acusó una afectada, dejando colgada a la madre, experta en mediaciones imposibles.

Lisis, vecina por entonces, optó por mudarse, tras haberse quedado mirando a la bahía días y días, atónita.

Gracias a ello la casa de al lado estaba desocupada, y despertaba todo el interés de Grecas, quién en su alfombra, tal que fuera una islita repleta de musas, y junto al neopreno de sus guantes y los tres tenores canturreándola, esperaba el momento para que le untara su madre aceite de almendras, escuchándola también:

-Eres responsable por siempre de lo que has domesticado princesita. Tú eres su veleta cariño. Tiene que ser así. Estás creciendo, debes pensar antes de hacer las cosas. El tiempo y tu padre ya trabajan en otros engranajes.

Su niña tragando saliva, no sabiendo muy bien qué decir.

-Es que si no os portáis bien nos tendríamos que llevar al campo a los animales. Los dejamos en libertad y que sea lo que Dios quiera.

Pan con leche les mojaba la nena, no sin dificultad, todo compromiso y actitud, a la espera de jugar con el catalejo a falta de mejor telescopio, cuando se fuera la claridad, y todo tipo de cohabitación fuera posible.